

PREFACIO

La identidad de mi invitado a cenar debía permanecer en secreto hasta el momento de su llegada. Un amigo —un experto constitucional y compañero activista— me preguntó si podría mantener una reunión secreta en mi casa. Mi trabajo consistiría sólo en facilitar la privacidad de un lugar seguro y una cena. Así que le di el día libre a la niñera que me ayudaba a cuidar de mi bebé y me metí en la cocina a preparar un pollo al horno.

Al anoecer, un taxi estilo ranchera llegó a la puerta de mi casa. Oí la voz de mi amigo mientras se bajaba del vehículo en compañía de un hombre tocado con un sombrero echado sobre la frente. No alcancé a reconocerlo hasta que se halló bajo la luz del porche y alzó la cabeza para saludarnos. Era Robert Mugabe.

Como todavía hace, caminaba extrañamente erguido a pesar de sus hombros algo caídos; parecía delgado y ágil, como si estuviese siempre listo para echar a correr. Estábamos en 1975, un año trascendental para Mugabe porque fue excarcelado tras once años de confinamiento político. Ante la inminente posibilidad de un nuevo arresto, huyó al vecino Mozambique. En aquel entonces yo no podía saber que, a las pocas semanas de aquella cena, ese hombre comenzaría a organizar su base guerrillera al otro lado de la frontera.

Aquella noche, estaba más inmersa en la cocina que en cuestiones políticas. Saber demasiados detalles golosos para la policía podía convertirse en una peligrosa carga, así que no hice preguntas. Mugabe, que había llegado más tarde de lo esperado, anunció que pronto vendrían a recogerlo para llevarlo a Park Station, donde debía tomar el tren nocturno de las nueve. Corrí a la cocina para acelerar la comida. La puerta que unía el comedor y la cocina permaneció abierta mien-

tras los dos hombres se sentaban, ambos dando pequeños sorbos a su vaso de agua.

Aún sin estar por la labor de espiar, pude escuchar cómo Mugabe comenzaba a hacerle preguntas a mi amigo, el doctor y experto constitucional Arhn Palley. Su tono era tranquilo y a la vez apremiante. Preguntaba más por asuntos de índole económica que por temas legales. Pude también percibir la fuerza contenida y el empuje de su personalidad, sobre todo a través de las respetuosas respuestas de Ahrn, quien, a pesar de su dilatada experiencia como consejero de todos los líderes nacionalistas del país, parecía intimidado por Mugabe. Al igual que yo, Ahrn despreciaba abiertamente al primer ministro Rhodesiano Ian Smith, y en privado sentía lástima por los candidatos que trataban de recortar acuerdos moderados con los blancos. Nos habíamos conocido en 1965, cuando lo entrevisté poco después de la noche memorable en que había mantenido sentado a todo el Parlamento hasta la madrugada en un debate concerniente a la inminente declaración unilateral de independencia del Reino Unido, anunciada por Ian Smith. Fue muy admirado por los rhodesianos negros al haber salido del Parlamento tras la extenuante sesión, enarbolando la Union Jack a favor del Reino Unido. Ahrn era contemporáneo de Mugabe; yo era unos veinte años más joven que ellos. Me gustaba frecuentar al doctor Falley porque era de los pocos blancos políticamente activos en Salisbury —ahora Harare— que comulgaban con mis convicciones acerca del *poder de la mayoría*, lo cual, dada nuestra terrible historia, debía significar exactamente eso, y ningún caso un artificioso compromiso entre aspiraciones de blancos y negros.

Ahrn aprovechaba las ausencias por trabajo de mi conservador esposo para reunirse con otros nacionalistas en mi casa. Pero nunca antes había venido un hombre negro a cenar.

A diferencia de la mayor parte de los Rhodesianos blancos, yo ya conocía de antemano el aspecto de Mugabe, gracias a una fotografía

escondida en el cajón del escritorio que ocupaba la redacción de una revista que por entonces editaba. Se había recibido por azar un elenco de perfiles políticos enviados por una agencia londinense. Aunque la represión en Rhodesia hacía inviable su publicación, a menudo me sorprendía a mí misma estudiando las delicadas facciones de Mugabe en el iluminador de diapositivas. Tanto que uno de mis colegas conservadores gustaba de recomendarme un psicólogo que me tratara lo que él llamaba *interés obsesivo por un monstruo*.

Cierto que me hallaba bajo la influencia magnética de aquella mirada de puro acero, la mirada de un Robert Mugabe congelada en una imagen prohibida, la mirada de un hombre que deseaba ganar votos e influir en la gente.

Me llamaba la atención el color de sus ojos que parecían transparentes como si, desafiando la genética, pudieran haber sido azules en lugar de marrones. En aquel período, en plena Guerra Fría, todo a su alrededor auguraba desafío; desde su alzacuellos maoísta hasta el gélido brillo de esos ojos capaces de erizar el vello de las multitudes. Ahrn lo describió una vez como el Robespierre negro, un hombre inflexible, puro, sin un carisma definido.

Eran tiempos de juventud radical para mí y no tardé en decidirme a publicar el retrato tan pronto tuviera la oportunidad de hacerlo; además, me encantaba tener aquella arriesgada mercancía en el cajón. Imaginaba, ante su distante mirada, que tenía una visión de futuro para el país que nadie más podía ver. Yo sentía que lo entendía como pocos podían hacerlo fuera de la comunidad negra, aunque nunca le había visto en persona. Cinco años más tarde lo vi una vez más con Ahrn Palley a unos cincuenta pasos. Éramos, junto con un sacerdote inglés, los únicos blancos entre la muchedumbre congregada en la Academia de Prácticas de Liderazgo de Orientación Católica Silveira House para dar la bienvenida a casa a Mugabe, que había regresado de la guerra en la selva poco antes de las elecciones que trajeron la inde-

pendencia. Fue en Silveira House donde conocí y entablé amistad con Sabina, la hermana de Mugabe. Enseñaba costura en los talleres para mujeres emprendedoras de los alrededores de Salisbury. Me mostró una fotografía de la boda de Mugabe y Sally e incluso me permitió hacer una copia. Él vestía un traje oscuro con guantes blancos, Sally iba cubierta de encaje al estilo etéreo de las bodas de la clase media cristiana de los años cincuenta. En esa ocasión, su mirada parecía dulcificada. La foto mostraba un cómico contraste con su acostumbrada imagen revolucionaria, por lo que resolví enviársela a la agencia de Londres que me había remitido la foto de su rostro, pensando que tal vez pudiera ofrecer la vertiente humana de Mugabe, más allá del demonio que muchos occidentales y la práctica totalidad del África blanca veían en él.

Tiempo después, para gran enfado de mi jefe, publiqué la foto del rostro de Mugabe a tamaño natural en la portada del *Illustrated Life Rhodesia*. Aparte de haber estado a punto de costarme el empleo, hubo también consecuencias para la revista, como la orden de secuestro del número en cuestión. Aún recuerdo a aquel policía irrumpiendo por la mañana en mi oficina después de que el ofensivo ejemplar hubiera estado ya a la venta un par de días. Alegó con sequedad que la publicación de la imagen de Mugabe era una violación de las leyes de censura y exigió la retirada inmediata de la revista de todos los quioscos. Cuando nuestros distribuidores trataron de cumplir la orden, apenas quedaban ejemplares en los puntos de venta. Fue de plano la venta total más rápida de la revista jamás lograda hasta entonces.

Al poco tiempo de servir la cena, y sin haber casi probado bocado aún, Mugabe miró por tercera vez el reloj de sobremesa sobre la chimenea. Su transporte no había llegado. Al ver que eran casi las nueve y que Ahrn no sabía conducir, me di cuenta de que Mugabe perdería el tren si no lo llevaba inmediatamente a la ciudad en mi coche. Con mi pequeño dormido en la cuna y sin tiempo para acomodarlo en el

coche, conduje los veinte minutos a una velocidad de vértigo. Mugabe iba sentado delante a bordo de mi maltrecho Renault 4 color beige. Asido al salpicadero, continuaba su conversación con Ahrn, que intervenía desde el asiento trasero al tiempo que doblábamos las esquinas a toda velocidad, con la intranquilidad de haber dejado a mi hijo solo en casa.

Para mi sorpresa, a la tarde siguiente llamó a casa un hombre desde un teléfono público para agradecerme la cena e interesarse por mi bebé. Era, cómo no, Robert Mugabe.

Después de aquella noche, no tuve más contacto personal con aquel hombre vibrante, cuyos audaces ideales se convertirían en sinónimo de Zimbabue. Durante los siguientes cinco años, Robert Mugabe libró una amarga guerra entre negros que buscaban la liberación y Rhodesianos blancos convencidos de estar combatiendo el terrorismo.

La paz llegó inesperadamente. Con el mayor de los pesares y, según ellos, con generosidad, los rhodesianos concedieron el poder a Zimbabue en 1980 con la esperanza de que el régimen negro fuese moderado y deferente con los intereses blancos. Ian Smith había venido advirtiendo durante años que lo perderían todo bajo un estado marxista si los terroristas tomaban el control. Así que el martes 4 de marzo de 1980, al oír que Mugabe había ganado por mayoría absoluta las elecciones supervisadas por el Reino Unido, numerosos blancos pusieron rumbo a la frontera con Sudáfrica. Algunos hablaban con imprudencia de represalias y sabotaje. Otros deambulaban perplejos por sus immaculados complejos residenciales, culpando de intimidación en los colegios electorales y de traición británica ante el incierto futuro al que se enfrentaban.

Llegué a mi oficina excepcionalmente temprano esa mañana. Las calles estaban atestadas de gente que entonaba cantos típicos, aullaba, bailaba, batía ramas y, en algunos casos, puños al aire. Las expectativas se habían vuelto de pronto exacerbadas: por ejemplo, ese mismo día

sorprendí al ordenanza sentado en la mesa de la secretaria, practicando la firma del jefe. Pensé en voz alta si quizáss estuviera aguardando el momento plantarse al frente de la compañía. Me suplicó que no dijera nada y se apresuró a salir para hacerme una taza de café.

Al anochecer, el camarada Mugabe entró en las salas de estar de los blancos a lo largo y ancho del país. Prometía reconciliación en lugar de revancha, dijo a los telespectadores que respetaría el acuerdo de Lancaster House auspiciado por el Reino Unido, por el que se garantizaban las pensiones a los blancos y los derechos de propiedad. Reveló también que había invitado al comandante de las fuerzas de seguridad a dirigir un nuevo ejército integrado. El monstruo de la mañana había comenzado a mutar, después de la tercera cerveza, en un líder responsable.

Todos querían creer en Robert Mugabe. Los Rhodesianos blancos ansiaban mantener el agradable estilo de vida al que aspiraban ahora los zimbabueses negros. El Reino Unido contemplaba el Zimbabue democrático como un trofeo del Foreign Office. Los primeros quince años de independencia fueron conflictivos, pero las esperanzas se siguieron manteniéndose pese a la matanza de miles de personas leales al líder de la oposición, Joshua Nkomo, que organizó la milicia personal de Mugabe a comienzos de los años 80. La práctica totalidad de los que debieron haber gritado con repugnancia miraron para otro lado; los blancos, agradecidos por quedar fuera de la línea de fuego; el Gobierno británico, porque tenía que apoyar a Robert Mugabe si quería conducir al *apartheid* sudafricano hacia la democracia; y los medios de comunicación internacionales, porque habían respaldado incondicionalmente al nuevo líder y no existía ya vuelta atrás.

Como periodista independiente me adherí a la línea predominante, aún cuando la policía de seguridad de Mugabe forzó a mi familia a huir del país. Mi esposo, un cirujano, enfureció al nuevo gobierno al entrar en 1982 en una prisión en busca de pruebas médicas relativas a

un caso de tortura perpetrada contra unos pilotos blancos, acusados de intentar sabotear aviones de la Fuerza Aérea de Zimbabue, un delito castigado con la pena de muerte. Nadie podía asegurar que los pilotos hubieran conspirado contra el Estado, lo que desde luego era una posibilidad en aquellos días. Era la palabra del Gobierno contra la de los acusados y por supuesto Mugabe obtuvo el beneficio de la duda. A menudo miro hacia atrás y me pregunto si quizá muchos individuos bien intencionados –entre los que me incluyo- hayamos contribuido con nuestra laxitud inicial a que Robert Mugabe se convirtiera en el hombre que es hoy. Si hubiésemos reaccionado de otra manera ante sus primeros síntomas de paranoia, ¿podría haberse salvado Zimbabue del abismo actual? Si los blancos en el país hubiesen adoptado una postura más realista ante la inviabilidad de un cambio gradual desde el anterior Estado policial hacia la soñada democracia, ¿habrían sido más respetuosos, menos desafiantes? ¿O sucede simplemente que Mugabe es un ejemplo de la corrupción en el poder?

La cascada de preguntas parece no tener fin. ¿Qué pudo haber hecho el anterior poder colonial para atajar la ineficaz política económica de Mugabe antes de alcanzar tan devastadoras consecuencias? ¿Podemos legítimamente descargar sobre Mugabe toda la culpa del hundimiento de Zimbabue, o contó con un respetable elenco de cómplices? ¿Estuvimos todo el tiempo en un error los que respaldamos a Robert Mugabe?

En mi caso, la pregunta adquiere un cariz personal: ¿qué le sucedió al hombre que en 1975 tuvo la amabilidad de telefonar a una joven madre para interesarse por su hijo después de una breve cena? ¿Cómo rayos llegó a convertirse en el cruel dictador que ha gobernado por decreto y corrupto amiguismo durante más de tres décadas?

Es probable que muchas de estas cuestiones queden para siempre sin respuestas definitivas, pero podemos intentar, con el testimonio de algunas personas que lo han conocido de cerca y han asistido a distin-

tos episodios de su vida, arrojar alguna luz sobre su esquema mental y sus motivaciones, ahora que muchos de esos testigos cruciales, como el mismo Mugabe, se acercan al final de sus vidas, y es importante hablar con ellos, porque es posible que el unidireccional, demoníaco carácter del «Loco Bob» Mugabe esconda importantes secretos y lecciones para la historia.

Humanizar al monstruo, encontrar al Mugabe tridimensional en lugar de a un villano de cómic, es más un proceso de entendimiento que de exoneración. El actor británico Sir Ian McKellen ha dado vida a monstruos de todas las épocas a lo largo de una carrera de más de cuarenta años, desde Iago hasta Rasputín, y afirma: «Una de las pocas lecciones que he aprendido del estudio de la gente que hace cosas terribles es que todos son muy humanos. Y que todos nosotros somos capaces de hacer casi cualquier cosa.» El descubrimiento de que Robert Mugabe es una persona real que toma decisiones horribles no implica que haya que dejarle escapar del anzuelo, sino tratar de comprender cómo y por qué se apartó de su camino, lo que podría alertarnos de similares tendencias peligrosas en otros líderes.

¿Qué le sucedió al talentoso erudito que empleó su tiempo en las cárceles rhodesianas en acumular una larga lista de títulos, cuya única frivolidad fue su pasión por Elvis Presley? ¿Es la historia de Robert Mugabe una tragedia personal –grandeza venida a menos– o es la tragedia de Zimbabue?

¿Con qué otros perfiles de déspotas se le podría comparar? Desde luego, no es un bufón como Idi Amín, de Uganda. Y es demasiado distante para mancharse las manos de sangre, como Jean-Claude Duvalier, de Haití, o Mobuto Sese Seko, del entonces Zaire. La acumulación de fortuna personal, meta de Ferdinand e Imelda Marcos en Filipinas, tampoco es el objeto de la tiranía de Mugabe.

La historia de Mugabe es un fenómeno que se repite en las democracias africanas a lo largo de la recuperación económica de principios

del siglo XXI. Es el caso típico de un héroe genuino —el ídolo guerrillero que salvó al país de su anterior líder y su régimen de supremacía blanca— que se volvió un autócrata desagradable, cuya respuesta habitual a aquellos que le sugieren la dimisión es enviarlos al cuerno. También es la historia de los activistas que tratan de mejorar la sociedad, pero llevan las indelebles cicatrices del viejo sistema. La escuela política de Mugabe fue el autócrata Ian Smith, quien se educó según las lecciones formativas de los colonizadores británicos.

Sobre todo, es la historia de un hombre que perdió su rumbo moral, con funestas consecuencias para otros muchos. Robert Mugabe tuvo el mundo a sus pies en 1980. Lenta pero inexorablemente, despilfarró el trabajo de su vida y traicionó a quienes confiaron en él. ¿Por qué? ¿Qué lo llevó a la autodestrucción?

Hice éstas y otras muchas preguntas a docenas de personas. Algunas son británicas, otras son refugiadas zimbabuenses que viven ahora en Inglaterra o Sudáfrica. También están los que no han tenido más elección que esperar con ansias en un depauperado Zimbabue la llegada de días mejores. Un elenco de personajes históricamente relevante —todos han conocido en persona a Mugabe e influido en él de manera significativa— ofrece un abanico de ejemplos acerca de cómo el poder corrompe. A través de las miradas que contemplaron muy de cerca la precipitación de Mugabe hacia la tiranía, se descubren algunos de los impedimentos al progreso que sufre este continente tan propenso al caos. Esta opinión colectiva nos da la primera biografía matizada y compleja de un hombre cuyo declive y pérdida de gracia han sido atestiguados por el mundo.

Mi misión es, por tanto, contar la historia del octogenario Robert Mugabe para comprender cómo un hombre que una vez fue partidario de la simplicidad se convirtió en un codicioso potentado, con una esposa cuarenta años más joven encandilada por el lujo. ¿Dónde se originó el cinismo que le impide ver cómo sus conciudadanos mueren

de hambre debido a sus fracasos y excesos? ¿Fue siempre una persona cruel o gradualmente se tornó loco de poder?

La mayor parte de la investigación de este libro es original; ahora queda plasmado para la posteridad. Pero lo verdaderamente único en *Cenando con Mugabe* es el análisis sobre su estado mental. He mencionado ya la ayuda de Shayleen Peeke, psicóloga con quince años de experiencia clínica, en la exploración mental de Robert Mugabe. Familiarizada con las perspectivas políticas del sur de África que moldearon al presidente de Zimbabue, ha trabajado en la región durante años con una serie de iniciativas para la defensa de los derechos humanos.

Shayleen escuchó las grabaciones de mis entrevistas con gente del entorno de Robert Mugabe. Algunos de ellos tuvieron una profunda influencia sobre él, antes y durante su presidencia. Analizamos los comentarios. Hablamos largo y tendido sobre su visión del mundo, que dedujimos de las opiniones de otros y del mismo presidente, y lo desacreditamos más como hombre que como monstruo.

Ben Manyika, psicólogo zimbabuense afincado en Londres, leyó y ajustó el manuscrito. Eva Hurley, asesora en inteligencia emocional, titulada en Irlanda y residente en Dubai, revisó todos los capítulos. El resultado es la psicobiografía de un líder desconcertante y destructivo.

Al tratar de comprender la trayectoria de Mugabe, nos cuidamos de no buscar una justificación a una conducta asesina. Localizamos algunas posibles explicaciones para su tiranía, pero fuimos muy cautelosos en no legitimar implícitamente la violencia. Tal vez se puedan hallar razones que inviten a una empatía hacia el tirano, en parte porque sabemos que Mugabe es sólo un ser humano, pero permanecemos extremadamente alerta para no caer en «la obscenidad del entendimiento», como llamó el filósofo y director de cine francés Claude Lanzmann a los recientes esfuerzos por explicar a Hitler. ¿Pero cómo podremos aprender de los más crueles capítulos de la historia si no se nos permite intentar entender a los tiranos?